

nal en el ramo de las artes escénicas. Luego presentó a cada uno de los elementos que forman la nueva compañía oficial, jóvenes todos ellos y no tan jóvenes todas ellas, pero absolutamente desconocidos en su totalidad. Fueron discretamente ovacionados y se hicieron votos porque se realizaran en buenos cómicos y supieran aprovechar la oportunidad que el Cabildo les brinda, aunque sea por poco tiempo, pues es de todos sabido que dentro de un año y medio habrá importantes cambios en la muy noble y muy leal Ciudad de México.

Con tan breve, pero significativo acto, se dio por terminado el sarao, y los invitados comenzaron a pedir a sus lacayos los carruajes, que, en medio de un torrencial aguacero, tardaban bastante en llegar hasta sus dueños, porque además habían quedado estacionados unos sobre otros en esos infernales jacalones que el Cabildo habilita como cocheras y cuyos empleados son la vergüenza de una corte tan refinada como la nuestra.

Este humilde marqués de Arroyos y conde de De la Maza, cronista de sociales y de espectáculos morales, desea de todo corazón a los organizadores y miembros de la nueva compañía de farándula, una serie no interrumpida de buenos éxitos, y que el Portal de Santo Domingo, donde tendrán lugar las representaciones, se vea siempre pletórico de una multitud entusiasta que destierre de ese sitio a los llamados "evangelistas", que en un país desanalfabetizado salen sobrando.

7 de septiembre de 1969

¿AUTO SACRAMENTAL O PASTORELA?

(Diálogo)

Lugar: Teatro Xola después del estreno de *Asesinato de una conciencia*, original de Luis G. Basurto. Época: desgraciadamente actual. El teatro está ya vacío, pues todos los que asistieron se encuentran felicitando al autor y a los actores en los camerinos.

Tan sólo puede verse a San Miguel Arcángel sentado en la fila 0, butaca 16, en actitud meditabunda. Su espada flamígera se encuentra apagada por falta de gas. Poco después entra Luzbel y se dirige hacia donde está San Miguel, haciendo sonar las cáscaras de pistache que va pisando.

LUZBEL: Hola, Miguel.

MIGUEL: ¡*Vade retro*, Satanás!

LUZBEL: ¡Oh, vamos, déjate de lugares comunes medievales! ¿Qué haces tan solitario y pensativo?

MIGUEL: Tú lo has dicho: pienso. ¡Ay, odiado Luzbel, cómo han cambiado los tiempos! Vine a este teatro novohispano...

LUZBEL: ¡Shhhht! ¡Que no te oigan! ¡Ya no es novohispano, ahora es mexicano!

MIGUEL: ¿De veras? Es que me cansa leer los cambios de la política en Hispanoamérica. ¡Suceden tan a menudo! Bien, pues vine a este teatro mexicano porque me invitó el alma de don Pedro Calderón de la Barca a presenciar un auto sacramental.

LUZBEL: ¿Vino el bueno de don Pedro? ¡Hombre, me gustaría volverlo a ver! ¿Dónde está?

MIGUEL: Abandonó el teatro antes de que terminara la representación. Me alegro que lo haya hecho, porque estaba diciendo palabrotas.

LUZBEL: ¿No le gustó el auto sacramental?

MIGUEL: ¿Cuál auto sacramental? Por eso te digo que han cambiado mucho las cosas. El último que vi fue en el año 1677, en Madrid, y se intitulaba *El laberinto del mundo*. Lo escribió justamente Calderón y era, como todos los de su género, y de acuerdo con la etimología latina, un “auto”, es decir, un acto. En esto que acabo de ver, se levanta el telón tres veces, o sea que son tres actos, o tres “autos”, y sin embargo, lo que más me confunde es que en el programa puede leerse: “Auto sacramental en tres actos”. Es como si dijéramos: “Auto en tres autos”. En el cielo tenemos a la Trinidad, pero no creí que en la tierra tuviesen ya misterios semejantes.

LUZBEL: Eso te sucede por no estar al día. ¿Es que no llega la

televisión allá arriba? Ahora todo es válido, y ya nada se sujeta a cánones establecidos. No te detengas en minucias y dime algo que quiero saber. Yo también quise asistir a la función, pero me entretuve en una discoteque formidable que acaban de abrir en Saigón. Dime, ¿aparezco yo en este auto en tres autos?

MIGUEL: Veo que sigues igual de vanidoso que siempre. No te importa que hablen mal de ti con tal de que hablen. Pues me alegra desilusionarte, pero no apareces. Se habla de ti solamente en una frase en que la anciana dice: "El diablo anda suelto".

LUZBEL: ¿Por fin fue auto sacramental o pastorela? En estas últimas siempre ando yo suelto por allí asustando pastores.

MIGUEL: Aquí también, sólo que asustas a pastores de la iglesia. Un cardenal muy alto rueda por el suelo víctima de su conciencia a la que tú atormentas.

LUZBEL: El que escribió eso está como tú, muy atrasado de noticias. Yo no asusto ni atormento ya a nadie, porque hasta la propia Iglesia me ha hecho a un lado por anacrónico. Y en este auto triple, ¿aparece al menos la Eucaristía?

MIGUEL: Sólo de pasadita. Según tenía yo entendido, los autos sacramentales tienen por base el misterio de la Eucaristía. Sin embargo, el tema de esta obra es interesante porque aborda el problema de los sacerdotes guerrilleros.

LUZBEL: Han vuelto a surgir últimamente como si fuera algo muy novedoso. Ahora se dan en América del Sur y del Centro, pero hace ciento cincuenta años se dieron aquí mismo, en México. ¿O acaso no fueron sacerdotes guerrilleros Hidalgo, Morelos y Matamoros? Ahora vuelven a estar de moda y vuelven a discutir si está bien hecho o no. Así es la humanidad de "novelera", por eso no pierdo las esperanzas de volver a agarrar yo mi segundo aire. ¿Y qué, el autor los defiende o los ataca?

MIGUEL: Ni una cosa ni la otra. En el primero y en el segundo auto parece que es una valiente defensa hacia esos sacerdotes que cambian el rosario por la metralleta, y al mismo tiempo un feroz ataque a la sociedad tradicionalista, a la iglesia apegada a sus buenos y viejos tiempos cuando se creía

en ti, y también un ataque a esos sacerdotes que se dicen “progresistas” y que están, por sistema, en contra de todo lo que diga el Vaticano, aunque ni ellos mismos sepan qué es lo que quieren.

LUZBEL: No sigas. Me imagino que en el tercer acto la tradición triunfa sobre los sacerdotes guerrilleros y sobre los “progresistas”.

MIGUEL: Te equivocas como siempre. No triunfa nadie, ni siquiera el autor, que tuvo dos actos realmente buenos y dejó que el tercero echase a rodar toda la obra. El cardenal que actúa como juez del sacerdote guerrillero, le dice que no ande portándose mal en las sierras, que se ponga su sotana, que comulgue todos los días y que si quiere ir a la guerra vaya como capellán, pero que se abstenga de tomar las armas. A la tradición y al progreso los arroja casi a latigazos del templo, digo del foro, y se queda él muy tranquilo aunque se echa a cuestras las culpas del sacerdote.

LUZBEL: Y va a dar a la cárcel en lugar del guerrillero.

MIGUEL: No, porque él mismo dice que es “influyente” y que no le harán nada.

LUZBEL: Bueno, pero el autor quedó así bien con Dios y con el diablo.

MIGUEL: No lo creas, porque los tradicionalistas salieron furiosos, los progresistas más aún y los defensores de los sacerdotes guerrilleros quedaron defraudados.

LUZBEL: Me alegra no haber venido. ¡Ya me imagino la aburrída que te habrás dado!

MIGUEL: Vuelves a equivocarte, pues escrito está que no has dado ni darás una. Pasé un rato entretenido porque la obra está muy bien escrita y muy bien construida, a pesar de la aparición que nadie supo si era una madre, un ángel, una pordiosera o qué demonios. Lo que sí quedó claro es que no era actriz, porque no sabía ni hablar. Salvo esa escena, repito, la obra es interesante y según escuché opiniones de entendidos pedantes, es lo mejor que ha salido de la pluma de este autor metido ahora a actor. ¡Lástima que no supiera qué hacer con el final! ¿Por qué no meditaría más tiempo el asunto?

LUZBEL: Por las ganas que tiene todo autor de estrenar cuanto antes, y más si el mismo autor tiene un buen papel en la comedia.

MIGUEL: De él no sabría qué decirte como actor, pues considero que no lo es. Dice claramente sus parlamentos, pero no hay el menor matiz en ellos. En cambio, aparece un primer actor con toda la barba de guerrillero, que se nombra Rafael Llamas, y que está estupendo. ¡Qué riqueza de matices, qué fuerza dramática, qué proyección escénica, qué saber convencer al público y a él mismo de algo en lo que no cree! Es un verdadero primer actor. Otro que se llama Germán Robles está muy bien en su difícil papel por ser un personaje contenido siempre, y la dama, que parece que en otras ocasiones ha demostrado ser excelente, se mostró nerviosa, fuera de personaje, viendo a la concurrencia y sin proyectar nada. ¡Pero ya parezco cronista teatral, y no hay cosa que aborrezca más que a esos entes que creen saberlo todo!

LUZBEL: Termina tu crónica diciéndome qué tal estuvo la dirección.

MIGUEL: Magnífica. ¡Y mira que era difícil dirigir una obra tan árida y discursiva! Sin embargo, Pepe Solé la movió con tino y discreción, y añadió una escena de máscaras que seguramente trataban de representar tus múltiples rostros, pues el cardenal que estaba en el suelo sufría mucho al verlos. (*Pausa*). Bien, tengo que irme a consolar a don Pedro Calderón de la Barca, y seguramente también a Lope de Vega, y a Gil Vicente, y a Juan de Pedraza, y a Sor Juana Inés de la Cruz, y a Tirso de Molina, y a Valdivieso y a todos los que en vida escribieron verdaderos autos sacramentales. Les diré lo que me has comunicado, o sea que en esta segunda mitad del siglo xx todo es válido y que no se les da importancia alguna a los valores establecidos. Que te vaya mal, Luzbel.

LUZBEL: Chao, Miguelón. ¿Quieres que te encienda la espada con mi aliento?

MIGUEL: No, gracias, le falta también piedra.

(San Miguel Arcángel vuela elegantemente hasta salir del

teatro mientras Luzbel se inclina a recoger una palomita de maíz que hay en el suelo.)

5 de octubre de 1969

CARTA DE SOR JUANA A DOÑA MARGARITA

Sra. Margarita Urueta
Teatro Hidalgo
México, D. F.

Ingenua Margarita:

Mucho se ha escrito sobre mi nada humilde persona desde mi prematura muerte acaecida el 17 de abril de 1695, y estoy ya acostumbrada a los elogios, desde que en vida se me llamó la Décima Musa, hasta el psicoanálisis que trató de hacerme *post mortem* el señor Ludwig Pfandl, pasando por el inteligente Méndez Plancarte, por el atinado Manuel Toussaint, por el apasionado Francisco de la Maza, por el profundo Abreu Gómez y por muchos más que seguramente tú no has leído ni por asomo, pues de otra suerte no habrías escrito sobre mí esa obra teatral que intitulaste *Confesiones de Sor Juana Inés de la Cruz*. Antes de pasar a explicarte mi enojo, quiero declarar públicamente que jamás se me ha ocurrido ir a la Tierra y aparecerme ante ti para pedirte que escribieras mis Confesiones, pues además de que no ceso todavía un minuto de estudiar y de leer en este maravilloso sitio en el que me encuentro, no perdería mi valioso tiempo (aunque sea eterno) en jugar a las apariciones, como has declarado en los diarios de nuestro México. Comprendo que para hacerte publicidad quieras lucir como una especie de Bernadeta, pero te suplico que no me mezcles en tus sesiones de ultratumba, pues me precio de no pertenecer a la clase de los espíritus chocarrros.

Pasemos a analizar tu obra. ¿Por dónde comenzar para no extenderme demasiado? Cada una de las escenas y hasta cada parlamento vale una crítica, pero debo ser breve. Te diré, pues, para